

TRUMP: EL TRIUNFO DEL POPULISMO REACCIONARIO.



Una campaña enconada

La tan disputada campaña electoral que ha enfrentado a Donald Trump e Hillary Clinton ha confirmado que la polarización política e ideológica de los Estados Unidos de América (EUA) es hoy mucho más alta que hace cincuenta años. En la opinión pública se ha producido un claro repliegue hacia los *mass media* con los que cada sector se identifica, siendo secundaria la información puesto que lo que se busca es la sintonía ideológica para reafirmar *certezas* previas. Esto significa que ha retrocedido el elector transversal- muy abundante en

el pasado, al menos hasta los años ochenta- que puede cambiar de voto de una elección a otra puesto que ahora tiende a fidelidades encapsuladas. La enorme proliferación de televisiones por cable (son centenares los canales disponibles)- por no mencionar internet- hace que cada segmento electoral se vincule acríticamente a algunas que son muy sesgadas.

De un lado, el problema del Partido Demócrata es el de su *centrismo* estructural, aunque es cierto que refleja mejor la pluralidad social y étnica del país. De otro, el Partido Republicano, atrapado por su fracción

más retrógrada y fundamentalista (el *Tea Party*), se ha escorado tanto a la derecha que pone en peligro ciertas bases consensuales antes compartidas por todos. Tanto Trump como Clinton pertenecen a la élite, aunque el primero se haya presentado como un *outsider*: no fue el candidato preferido de *Wall Street*, pero los poderes fácticos financieros convivirán sin especiales problemas con él. Trump no cesó de recurrir a una inverosímil teoría conspirativa en caso de derrota electoral acusando- sin prueba alguna- a los Demócratas de estar organizando un fraude electoral masivo. Con ello, no sólo deslegitimó de modo irresponsable un proceso que- con todos sus defectos, que los tiene- nunca había sido cuestionado por algún candidato, sino que también ha incurrido en una contradicción objetiva insalvable. En efecto, en los EUA todos los procesos electorales son, en lo esencial, competencia de los Estados, siendo escasos los poderes federales de intervención en los mismos. Son los Estados los que diseñan las circunscripciones (de hecho, no se ha resuelto el problema del *gerrymandering*), organizan las consultas (a menudo con requisitos engorrosos) y proceden a los recuentos. Por tanto, la tesis de Trump de una manipulación electoral masiva requeriría necesariamente el concurso de las autoridades de los Estados que, en su mayoría, son miembros del Partido Republicano, con lo que cae por su peso tal teoría. Lo grave es que estas insidias han tenido audiencia puesto que el 41% de los votantes en general cree posible el fraude electoral y nada menos que el 73% de los votantes republicanos comparte este criterio.

El sistema electoral de los EUA ciertamente requeriría de una profunda reforma: no es una buena fórmula la de la elección indirecta del Presidente a través de compromisarios (538 grandes electores que equivalen a la suma de 438 representantes y 100 senadores), carece de sentido que el vencedor en un Estado se lleve *todos* los compromisarios (sin proporcionalidad alguna, salvo en dos Estados), las máquinas de votar han provocado más de un problema (basta recordar las famosas papeletas-mariposa de Florida en 2000, que tanto perjudicaron a Al Gore), los requisitos administrativos para registrarse no son ágiles (es más, a veces son incluso disuasorios, tanto es así que 51 millones de electores no están registrados y 24 millones de ellos que lo intentaron han sido excluidos por no tener toda la documentación requerida en regla) y los mecanismos de garantía son poco confiables (la recolección de resultados está muy descentralizada al depender de cada Estado y los eventuales recursos judiciales son farragosos). Sin embargo, ni Al Gore- que impugnó ante el Tribunal Supremo (TS) el resultado inicial que otorgó la victoria a Bush jr. - deslegitimó el proceso puesto que siempre aceptó las reglas del juego.

En esta polarizada campaña uno de los datos más llamativos ha sido constatar que casi siempre los dos candidatos estuvieron prácticamente empatados (así lo confirmaron las encuestas de *ABC*, *Washington Post* y *CNN*), aunque algunas estuvieran más sesgadas (*Los Angeles Times* dio a Trump como ganador por una diferencia de seis puntos y *Reuters* a Clinton por la misma cantidad). Durante la última semana la distancia media de todas las encuestas se situó en 1.7

puntos a favor de Clinton, con la duda sobre el voto oculto trumpista y el grado de movilización de los Demócratas, menos motivados. Una interesante simulación la hizo *Real Clear Politics* para revelar la gran diferencia de comportamiento entre mujeres y hombres: si sólo votaran ellas Clinton arrasaría con porcentajes del 65%, pero si sólo lo hicieran ellos Trump vencería con una mayoría del 55% (conocidos los resultados, la diferencia entre mujeres y hombres ha sido mucho menor de lo esperado). Al final, la batalla electoral se centró en los *swings states* (Florida, Ohio, Pensilvania, Colorado, Michigan, Minnesota, Virginia, Nevada, North Carolina, Arizona, Iowa y New Hampshire) puesto que, en efecto, inclinaron la balanza.

¿Por qué Trump?

Aunque el término *populismo* está sujeto a muchas interpretaciones diferentes hay que distinguir entre cierto uso impreciso coloquial habitualmente descalificador y su conceptualización académica que ha generado una vasta y contrastada literatura al respecto. En este segundo sentido, Trump encarna sin duda una clara manifestación del creciente populismo político contemporáneo, un síntoma del repliegue nacionalista y xenófobo que atrae en particular a sectores sociales desfavorecidos (los "perdedores" de la *globalización*). En este sentido, el trumpismo es una reacción agresiva de cierta "América profunda", blanca, de modestos ingresos, bajo nivel cultural y proclive al patriotismo reaccionario. De un lado, Trump sintoniza con estos sectores (aunque va más allá puesto que también cuenta con importantes apoyos de grupos

acomodados) al presentar un país que no existe: supuestamente al borde del colapso económico y con una oleada de delincuencia nunca antes vista, dos afirmaciones del todo falsas. De otro, funciona la retórica del líder "antipolítico", "antiestablishment" y "transgresor", pese a ser un millonario de la élite. El trumpismo es una combinación de xenofobia, machismo, autoritarismo y proteccionismo que, con notoria demagogia, afirma querer ser la voz de los *perdedores* de la globalización hegemónica.

El mejor paralelismo que cabe trazar de Trump es con Berlusconi: un magnate *outsider* que consiguió hacer creer a muchos italianos que ayudaría a los desfavorecidos creando millones de puestos de trabajo. Al igual que Berlusconi, Trump usa los mitos del "diferencialismo" y del "nuevismo" frente a la *vieja* política y, a la vez, anunció que trasladaría sus éxitos empresariales a todo el país. Pues bien, el mito de que ambos eran empresarios extraordinarios es del todo irreal puesto que los dos tuvieron importantes pérdidas (por no hablar de asuntos turbios) en sus negocios, aparte de que no se puede gobernar un país como si fuera una empresa.

El problema es que, pese a la inconsistencia de sus burdos eslóganes y su vaciedad como líder político, Trump ha resultado ser asombrosamente competitivo, entre otros factores por su impacto mediático que encarna el cambio de actitud de la opinión pública antes reseñado. Por tanto, pese a su incompetencia, su ignorancia política y su brutalidad, ha gozado de un apoyo popular sorprendente. Es más, las críticas fundamentadas de los *mass media* serios

apenas han erosionado su figura entre los que le apoyan, un claro ejemplo del *gap* entre las élites intelectuales cultas (ideológicamente *liberales* en términos estadounidenses) y muchos electores de bajo nivel cultural y poco informados (muy conservadores).

Es cierto que ha sido fundamental el apoyo a Trump de la clase obrera blanca, con predominio de varones y bajo nivel cultural, pero no puede ignorarse que sólo con esa base no hubiera tenido el resultado final obtenido, lo que significa que importantes sectores de las clases medias y altas también le han apoyado. La clave es, por tanto, la de analizar las causas de fondo del fenómeno y todo apunta a que las democracias occidentales- cada vez más deterioradas- están empezando a pagar los excesos de la globalización. Es el insoportable coste del constante aumento de las desigualdades sociales y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores lo que origina la protesta contra el *establishment* y parece que el neoliberalismo hegemónico no lo quiere ver.

Aunque la macroeconomía de los EUA se ha recuperado de la crisis de 2007 (gracias a las inyecciones de capital público impulsadas por Obama) y el PIB se ha multiplicado por seis, los salarios reales han caído pues no han subido desde hace más de ocho años. La globalización ha dañado parte del tejido industrial tradicional de los EUA y esto explica el repliegue proteccionista: Trump ha anunciado su rechazo de muchos aspectos de los Tratados de libre comercio (el *TransPacificPartnership*/ TPP y el

TransatlanticTrade and InvestmentPartnership / TTIP que se negocia con la Unión Europea/ UE) porque- a su juicio-son lesivos para algunos intereses nacionales y este punto de vista resulta obviamente popular para los perjudicados por aquellos.

La campaña de Trump

Trump ha hecho una campaña puramente personal, con poco aparato y no demasiado dinero (en comparación con Clinton) y con un mensaje simplista idéntico en todas partes. Ni ha necesitado a grandes contribuyentes pues ha ido por libre, ni ha presentado un programa mínimamente articulado. Lo que ha vendido es una “personalidad”, a modo de “superhombre”, pues *él* es el producto y todo ello con un estilo que- a primera vista- está en las antípodas de un candidato presidencial. Aunque sus asesores le recomendaron al principio no “salirse del guion”, Trump acabó por no hacerles caso y, por asombroso que pueda parecer, ha sido este estilo “políticamente incorrecto” lo que le ha funcionado. Sólo las declaraciones ultramachistas pareció que podrían perjudicarle entre las mujeres, así como otras de tipo xenófobo sobre los hispanos, pero está claro a tenor de los resultados que no en grado suficiente.

El recurso constante a los insultos y las descalificaciones, las mentiras y las amenazas han sido la tónica general de su campaña. Trump sostuvo durante años la falsedad sobre el certificado de nacimiento de Obama y no parece que ello le haya perjudicado. Amenazó a Clinton con encarcelarla (*sic*) en caso de ser Presidente por la cuestión de los correos electrónicos, con grave desconocimiento de la

separación de poderes. Además, se negó a hacer pública su declaración de impuestos (Clinton sí lo hizo), lo que no deja de ser muy sospechoso. La empresa *Politi Fact* (web de *Fact-checking*) ha calculado que tres de cada cuatro afirmaciones de Trump son parcial o totalmente falsas (75%), mientras que en el caso de Clinton sólo una de cada cuatro lo es (25%). Lo peor de todo ha sido declarar su falta de respeto por las reglas del juego: Trump anunció que sólo aceptaría los resultados electorales si ganaba, con lo que adelantó durante la campaña que impugnaría las elecciones en caso de no ser favorables para él y prolongaría la tensión política, algo que hubiera perjudicado a todo el sistema.

Las propuestas políticas de Trump son el proteccionismo para los “nuestros”, un muy severo control de la inmigración (con expulsión de los irregulares y la construcción de un muro en toda la frontera sur que debería costear México), prohibición a los musulmanes (*sic*) de entrar en los EUA, rebajar al máximo los impuestos para las grandes fortunas (resulta incomprensible que los trabajadores que le apoyan puedan asumir esta reivindicación), derogación de la reforma sanitaria de Obama, desregulación prácticamente completa de la venta y uso privado de las armas (por esta razón la *National Rifle Association* le financió), utilización de la tortura en los interrogatorios para sospechosos de terrorismo, eventual uso de las armas nucleares si Corea del Norte amenazara y derogación de las políticas medioambientales estrictas toda vez que niega el cambio climático, y todo ello será avalado por

el TS ya que su vacante será rellena por un magistrado afín.

Como buen populista, Trump ha buscado “enemigos de América” fáciles para cohesionar a descontentos diversos: los inmigrantes, la competencia desleal de China, el *establishment* de Washington, los terroristas islámicos y los medios de comunicación *liberales*. De otro lado, es inquietante la lista de sus “amigos”, siempre líderes fuertes y autoritarios: Putin en primer lugar, un dirigente al que admira y al que ha prometido levantar las sanciones a Rusia por sus intervenciones en Ucrania (además de en Siria). Dentro de la UE sintoniza con gobernantes autoritarios que se han inventado el oxímoron de las “democracias iliberales” (Orbán, Kaczynski), a la vez que ha acogido muy favorablemente el *Brexit* y entiende perfectamente a Le Pen. Con relación a la OTAN, Trump ha sido el primer candidato que ha mostrado una visión *instrumental* y no *estructural* de la misma: ha indicado que la solidaridad en caso de agresión a uno de sus miembros no sería automática si no está al corriente de los pagos o si no es esencial para los intereses de los EUA, con lo que tal entidad dejaría de tener la fuerza disuasoria creíble que ha tenido hasta ahora.

En realidad, el programa integral de Trump representaría una gran involución interna e internacional de los EUA en todas las dimensiones: el proteccionismo es inviable, expulsar a todos los inmigrantes irregulares es imposible y antieconómico, impedir la entrada de los musulmanes en el país sería inconstitucional y usar la

bomba nuclear es inimaginable. Ahora bien, con Trump Presidente aumentarán las desigualdades sociales, las víctimas por armas de fuego y el deterioro medioambiental, a la vez que retrocederán las garantías fundamentales del Estado de Derecho por el uso manipulativo de las instituciones. Pero quizás el efecto aún más pernicioso se producirá en las relaciones internacionales, campo en el que el margen de maniobra del Presidente es mayor. Con Trump se pueden deteriorar las relaciones con los Aliados y la islamofobia aumentará los riesgos terroristas. De un lado, puede debilitar a la OTAN y la UE, y de otro, puede congelar el inicio de la normalización con Cuba e Irán. En suma, Trump- que carece por completo de experiencia política, diplomática o militar- es un aislacionista que no descarta un eventual intervencionismo unilateral llegado el caso. De acuerdo con las cuatro grandes tendencias de la política exterior de los EUA (*wilsonianos* favorables a extender la democracia por razones morales, *hamiltonianos* realistas, *jeffersonianos* partidarios del *soft-power* y *jacksonianos* populistas y nacionalistas), Bush jr. fue una combinación de hamiltoniano y jacksoniano, Obama un jeffersoniano, Clinton parece apuntar su preferencia por una coalición de wilsonianos y hamiltonianos, mientras que Trump es jacksoniano.

Pros y contras de Clinton

Hillary Clinton empezó su carrera política cuando su marido era Presidente, en los años noventa, en 2001 fue senadora por New York y en 2008 Secretaria de Estado en el primer mandato de Obama. Fue más intervencionista que Obama (apoyó la guerra de Irak,

aunque después reconoció su error, fue favorable a atacar al dictador sirio, es más crítica con Putin y preconiza controlar el caos de Libia). No obstante, es favorable al *smart power*, de ahí su pleno apoyo a la progresiva normalización de relaciones con Cuba e Irán.

A diferencia de Trump, Clinton se rodeó de un nutrido equipo de campaña, con una organización muy clásica y bien financiada y con adaptación del mensaje según zonas y grupos sociales. Estando mucho más preparada que Trump es sorprendente que casi nunca consiguiera distanciarse del mismo de forma contundente en los sondeos. Además, algo objetivamente *histórico*-una mujer como la primera Presidenta- no ha tenido especial relevancia, pese a que la misoginia y el sexismo de Trump lo favorecían: un dato sintomático preocupante porque refleja que a la mayoría de los varones no les preocupa el machismo de éste. Que a Clinton le costara tanto ganar a Bernie Sanders- y con descarado apoyo del aparato Demócrata y de sus superdelegados- es todo un síntoma de que no era la mejor opción y su práctico empate (pese a la ligera diferencia en votos populares a su favor) con un candidato manifiestamente impreparado para la Presidencia de los EUA así lo ha confirmado. Clinton no es *carismática*, genera poca empatía, aparece como demasiado representativa del odiado *establishment* de Washington y no siempre es fiable y creíble. Además, no ha sabido elaborar un programa atractivo para los *perdedores* de la crisis y no suscita muchas simpatías entre los Demócratas más progresistas (que desconfían de su centrismo) y también entre bastantes negros. A pesar de que

venció sin problemas los tres debates con Trump, no lo aplastó, y su muy superior preparación no fue suficiente al respecto, lo que mostró sus debilidades como candidata.

Uno de los factores que más la perjudicó en la campaña fue el asunto de los correos electrónicos (usó un servidor privado, en vez del oficial), aunque la exoneración final del FBI fue un alivio, pese a las confusas insinuaciones previas de su director, James Carney. Este lamentable episodio dio munición a Trump al equipararlo al escándalo Watergate y amenazar con la cárcel a Clinton. Menos relevante fue el asunto del asalto al Consulado de los EUA en Bengasi en 2012, totalmente manipulado por los Republicanos, puesto que nada menos que ocho investigaciones en el Congreso exculparon a Clinton de mala praxis.

Pese a todo ello, han sido innegables algunas fortalezas de Clinton: es una buena profesional, con amplia experiencia política, es previsible por pragmática, no es en absoluto una radical en ningún sentido (y esto conecta con importantes franjas centristas del electorado), goza de reconocimiento internacional (está siempre dispuesta a la colaboración) y tiene importantes apoyos, tanto del *establishment* (que siempre cuenta) como, sobre todo, de la mayoría de las mujeres, los hispanos y los negros, aunque estos últimos se hayan movilizad menos que en 2008 y 2012, pese a los llamamientos de Obama para invertir tal tendencia.

Por la presión de Sanders, el programa de Clinton incorporó más medidas económicas y sociales

compensatorias: regulaciones anti-monopolios, aumento del gasto social, regularización de inmigrantes, continuación de la reforma sanitaria, control de las emisiones contaminantes, moderada limitación de la venta de armas y defensa de las empresas nacionales. Este último capítulo es especialmente relevante puesto que Clinton, antaño entusiasta de los Tratados de libre comercio, dio cierto viraje proteccionista al admitir que la globalización neoliberal debería reformularse. Sin embargo, todo esto de poco ha servido entre otros factores porque no lo convirtió en el eje de su campaña, aunque Clinton anunció que proseguiría el legado de Obama con algunos matices, pero continuismo en lo sustancial. Esto resultaba tranquilizador para la UE que necesita imperiosamente que se mantenga el actual vínculo transatlántico, dadas sus limitaciones estructurales en materias de asuntos exteriores, defensa y seguridad. Clinton buscó complicidades multilaterales con la UE frente a Rusia y una presencia más activa en el Pacífico. En suma, Clinton defendió un programa moderadamente avanzado, a la vez realista y posibilista, que- incluso así- se hubiera visto bloqueado por los Republicanos desde el Congreso (que controlan), obsesionados como están con liquidar todo lo que representa el legado *liberal* de Obama.

Los resultados

De 231.556.622 electores registrados votaron 131.741.500 (unos 46 millones lo hicieron anticipadamente, una cantidad alta), con lo que la participación fue- al final- algo más elevada de lo

esperado (56.9%), sólo inferior a la excepcional de 2008. Trump obtuvo 60.265.847 votos (47.3%) y 306 compromisarios presidenciales y Clinton 60.839.497 (47.8%) y 232 compromisarios, repartiéndose los restos candidatos de terceros partidos. El 53% de los hombres y el 42% de las mujeres votó a Trump y el 41% de los primeros y el 54% de las segundas a Clinton. Por lo que hace al factor étnico: el 58% de los blancos votó a Trump y el 37% de los mismos a Clinton, el 29% de los hispanos lo hizo por el primero y el 65% por la segunda, así como el 8% de los negros en favor del primero y el 88% de la segunda (Clinton obtuvo seis millones de votos menos que Obama entre las minorías étnicas). Estos datos relativizan algunos tópicos que se barajaron previamente: ni las mujeres dieron un respaldo apabullante a Hillary, ni se ha demostrado que hoy no se pueda ganar sin el respaldo mayoritario de las minorías étnicas. En realidad, el voto de los dos candidatos ha sido, como siempre, interclasista, de ahí que sea muy simplificador afirmar que Trump representa al voto obrero y Clinton a *Wall Street* porque ambos han recibido apoyos transversales. Esto no quita que, en efecto, Trump haya recibido más apoyos obreros que Clinton, así como de localidades rurales y de electores con menor nivel de estudios. Una vez más, se ha confirmado la partición territorial pues Clinton ha obtenido sus mejores resultados en los Estados de las dos costas y Trump en casi todo el resto del país, pero la relativa sorpresa ha sido el retroceso de los Demócratas en los Estados de los Grandes Lagos y aquí está la clave de su derrota.

En todo caso, debe recordarse que los dos candidatos han quedado casi empatados, incluso con una ligera ventaja en votos populares de Clinton, algo no muy frecuente, pero posible por la distorsión electoral de los EUA (con la variante francesa, Clinton sería hoy la Presidenta electa). Este dato numérico debería relativizar la recurrente descalificación de los sondeos puesto que, en realidad, no se “equivocaron” puesto que pronosticaron la victoria de Clinton en términos de votos populares, no de compromisarios. Como siempre ha ocurrido en una elección muy reñida, la clave han sido los *swings states* y, más en particular, los del *rust belt* (Wisconsin, Iowa, Michigan, Ohio y Pensilvania): Ohio, en particular, ha vuelto a confirmar la regla que se repite invariablemente desde los años sesenta puesto que el vencedor en este Estado lo es también a nivel federal. Esta ha sido una de las zonas en declive industrial más golpeada por los efectos de la globalización (cierre de empresas y deslocalizaciones) y ello ha sido decisivo para el triunfo de Trump. El aumento de las desigualdades y la pasividad de los Demócratas ha hecho que la percepción de los votantes obreros blancos haya sido la de que aquellos se han desentendido de ellos. Incidentalmente cabe considerar un limitado efecto negativo para Clinton por la concurrencia del *libertario* Gary Johnson (cuatro millones de votos, el 3%) y de la *Verde* Jill Stein (algo menos de un millón de votos, el 1%).

Valoración poselectoral de ambas campañas

Ha ganado el estilo soez, el resentimiento y la demagogia, entre otros factores por la muy superior presencia mediática de Trump al suscitar mucho más

interés que Clinton precisamente por tal opción y en tal potenciación objetiva incurrieron todos los *mass media*, incluso los serios. Esta omnipresencia mediática de Trump (que, por cierto, tuvo experiencia como *showman*) ha hecho que sus groserías, exageraciones y mentiras no le hayan pasado factura. Trump es la encarnación perfecta del populismo reaccionario de los EUA basado en el etnicismo supremacista blanco, el machismo y la xenofobia. Al afirmar que él es la voz del “pueblo” frente al *establishment* no sólo desconoce que sólo le ha votado poco más de uno de cada cuatro estadounidenses adultos, sino que excluye como “no-pueblo” nada menos que a la mayoría numérica de los votantes que optaron por Clinton.

Trump ha sido más eficaz como comunicador que Clinton y le ha funcionado apelar a los sentimientos (miedo al inmigrante y orgullo patriótico) frente a la frialdad racional de Clinton. Trump ha sabido interpretar mejor que Clinton las preocupaciones de muchos ciudadanos enfadados y ha sintonizado con los que atraviesan dificultades al ofrecerles una aparente salida. Por tanto, un que es objetivamente miembro de la élite ha sido el catalizador de la frustración de muchos sectores sociales perjudicados por una crisis económica que no generaron, de ahí el acierto de su estrategia. Clinton, por su parte, se centró más en mostrar el contraste entre su estilo moderado y sensato frente a las excentricidades y exabruptos de Trump, pero esta estrategia no funcionó. Por tanto, pese a sus muy superiores cualidades profesionales, nunca pudo desprenderse de su imagen negativa. Probablemente el principal

error de Clinton fue el de hacer una campaña a la defensiva, a la contra, al presentarse como la única opción para impedir la victoria de alguien impreparado para ser Presidente, en vez de enfatizar mucho más sus propuestas sociales. En otros términos, Clinton no ha perdido por culpa del FBI, sino por haber descuidado el *rust belt*, con lo que debería haber quedado claro que no se puede detener el populismo reaccionario manteniendo en lo esencial recetas económicas neoliberales.

Trump Presidente electo

Es probable que, una vez en el cargo, Trump tenga que refrenarse un tanto, no sólo por el inevitable pragmatismo que impone la institución, sino por la multitud de presiones cruzadas que recibirá, lo que significa que no podrá aplicar su programa al 100%, tal como lo enunció durante la campaña. Es cierto que el sistema político de los EUA descansa en el conocido modelo de *checks and balances*, pero- de entrada- no puede ignorarse que los Republicanos van a dominar los tres poderes federales (la Presidencia, las dos Cámaras y muy pronto el TS en cuanto se cubra la vacante pendiente). Por tanto, el único contrapeso institucional que Trump tendrá será el de los Estados gobernados por los Demócratas, de ahí que más bien haya que pensar en otros mecanismos y, en este sentido, pueden tener incidencia las contradicciones entre el Presidente y los Republicanos (sus relaciones nunca han sido fluidas) y, sobre todo, la capacidad de presión de algunos poderosos grupos de interés.

Es cierto que Trump es bastante imprevisible, pero se ha rodeado de un equipo ultraconservador muy

grato al sector dominante de los Republicanos (Giuliani, Gingrich, Christie y los ya incorporados a su gabinete Priebus y Bannon) y no puede ignorarse que su Vicepresidente, Pence, es un fundamentalista ortodoxo. Trump tiene un carácter autoritario reacio a la crítica, aunque como empresario que siempre ha sido es probable que actúe de modo pragmático. En este sentido, su propuesta de proteccionismo económico llevada hasta las últimas consecuencias provocaría una seria recesión global, además sus promesas fiscales son ilusorias (implicarían reducir los ingresos públicos en unos diez trillones de dólares) y su ambicioso plan de infraestructuras (ponerlas al día supondría una inversión de unos tres billones y medio de dólares) dispararía el déficit. En política exterior es casi imposible que deje caer la OTAN, de ahí que - por muy buena relación que tenga con Putin- no podrá revertir en lo esencial las grandes líneas actuales de los EUA.

Por tanto, cabe distinguir en tres ámbitos las opciones de Trump: 1) los que no podrá modificar, 2) los que tal vez sí pueda y 3) los que seguro que cambiará. Es decir: 1) no podrá deportar a once millones de inmigrantes irregulares, no podrá forzar a México a sufragar la construcción del muro fronterizo completo, no podrá imponer aranceles del 45% a los productos chinos (perjudicaría a muchas multinacionales estadounidenses), no conseguirá impedir la entrada de musulmanes en los EUA, no "encarcelará" (*sic*) a Clinton y no anulará íntegramente el *Obamacare*; 2) podría expulsar entre dos y tres millones de inmigrantes irregulares con antecedentes penales y revisar los Tratados de libre

comercio, aunque es casi imposible que derogue del todo el NAFTA porque ello tendría un coste económico inmediato muy alto para los EUA, aunque el TIPP sí puede darse por liquidado. Tampoco es probable que rompa relaciones con Cuba (aunque no levantará del todo el embargo), sobre todo por las interesantes expectativas comerciales que se han abierto. Finalmente, podría revisar a la baja la legislación sobre el derecho al aborto (*Roe v. Wade*), pero ese asunto no es en absoluto una prioridad para Trump; 3) impedirá cualquier intento de limitar la venta de armas, al negar el cambio climático dará más facilidades a las energías fósiles y se desvinculará del Acuerdo de París, inclinará el TS hacia el conservadurismo más extremo y dará carta blanca a los gobernadores Republicanos para que sigan dificultando el ejercicio del derecho de voto.

Con esta perspectiva, no es casual que la derecha radical populista europea esté exultante (Farage- el primero en ser recibido por Trump-, Le Pen, Salvini, Petry, Wilders, Orbán), con la colaboración de demagogos más inclasificables como Grillo. Está por ver si el Presidente Trump, en cuanto empiece a actuar, sintoniza de lleno con tales pulsiones o las matiza, siendo en cualquier caso un escenario indeseable e inquietante el que ahora se abre para los EUA y el mundo entero.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera
Catedrático de Ciencia Política
Universidad de Barcelona

Fuentes:

- P. De Castro: "Las elecciones presidenciales y la doctrina Obama: ¿continuidad o cambio?", en Woertz, op.cit.
- N. De Pedro: "La sombra del Kremlin en las elecciones de Estados Unidos", en Woertz, op.cit.
- S. Dennison, D. Pardijs y J. Shapiro: *Fear and loathing on the road to the US elections*, European Council on Foreign Relations (ECFR), octubre 2016.
- L. Drutman: "Polarización política y futura perspectiva de los partidos", Dossier La Vanguardia, *Estados Unidos después de Obama*. Nº 62, oct.-dic. 2016.
- O. Farrés: "¿Quién teme a Donald Trump? Entre otros, Asia-Pacífico", en Woertz, op.cit.
- T. Frank y H. Meyerson: "EEUU: la verdadera naturaleza de los candidatos", *Sin Permiso*, 11 de noviembre 2016.
- T. Frank: "EEUU: las limitaciones de Hillary y el voto de los inmigrantes", *Sin Permiso*, 23 de octubre, 2016.
- P. García Sánchez: "Vértigo e incertidumbre económica", *Agenda Pública*, 10 de noviembre, 2016.
- J. Halpin: "¿Se halla amenazada la idea de Estados Unidos como una República de valores compartidos?", Dossier La Vanguardia, op.cit.
- D.S. Hamilton: "¡ Se trata de la política interior, estúpido! y de la futura política exterior", Dossier La Vanguardia, op. cit.
- M. Lind: "Los desafíos para la próxima presidencia", Dossier La Vanguardia, op. cit.
- I. Martín Granados: "10 claves para explicar la victoria de Donald Trump", *Agenda Pública*, 12 de noviembre, 2016.
- H. Meyerson: "EEUU: el rechazo de Trump a aceptar la legitimidad de las elecciones presidenciales no representa ninguna sorpresa", *Sin Permiso*, 27 de octubre, 2016.
- P. Morillas: "Europa: ¿aliado o fuerza desgastada?", en Woertz, op.cit.
- J. Newell y H. Meyerson: *Por qué ganó Trump*. Dossier I, *Sin Permiso*, 13 de noviembre, 2016.
- V. Palacio: *Después de Obama: Estados Unidos en tierra de nadie*, La Catarata, Madrid, 2016.
- J. Shapiro: *The everyday and the existential: how Clinton and Trump challenge transatlantic relations*, ECFR, octubre 2016.
- J. E. Stiglitz: "¿Por qué Trump?", *El País*, 23 de octubre, 2016.
- L. Tarragona: "Hillary vs. Trump: aviso a navegantes. Claves de la futura política exterior estadounidense y su impacto en Europa", *Notes internacionales CIDOB*, octubre 2016.
- F. Velayos: "Sobre la declaración de impuestos de Donald Trump", *Agenda Pública*, 12 de octubre, 2016.
- P. Vilanova: "Estados Unidos: ¿nuevo aislacionismo o hegemonía con alianzas cambiantes?", en Woertz, op. cit.
- E. Woertz (coord.): *Elecciones presidenciales en Estados Unidos. ¿Qué escenarios se abren en el mundo tras Obama?*, CIDO, Barcelona, octubre 2016.